



PEDAGOGÍA CONTEMPORÁNEA

EL ROL DE LAS PERSONAS EN LOS PROCESOS DE CAMBIO

EL ROL DE LAS PERSONAS EN LOS PROCESOS DE CAMBIO

¿Qué se considera verdaderamente innovador en la educación actual?

Esta pregunta invita a hacer una pausa y mirar más allá de las modas educativas o de los recursos llamativos que a veces se presentan como innovaciones. La innovación no se trata únicamente de incorporar pantallas, usar nuevas aplicaciones o cambiar la decoración del aula. Va mucho más allá. Implica una transformación profunda en la forma de concebir el aprendizaje, el rol del docente, la participación del estudiante y los propósitos de la educación.



En el contexto de la educación infantil, innovar tiene un significado especialmente poderoso. Significa mirar al niño o la niña como protagonista de su aprendizaje, reconocer sus capacidades desde una visión respetuosa, y construir experiencias pedagógicas vivas, flexibles y profundamente humanas. Por ello, se propone abordar cuatro dimensiones esenciales de la innovación educativa: las personas, el conocimiento, la tecnología y la metodología.

En todo proceso de innovación, el motor principal son las personas (Arroyo y Fernández, 2024). Son las y los docentes quienes, con su creatividad, reflexión y sensibilidad, transforman la educación desde su práctica diaria. No se trata de esperar grandes reformas institucionales para cambiar la manera de enseñar. El cambio comienza en las decisiones cotidianas: en cómo se recibe a un niño en la mañana, en la forma de proponer una experiencia, en cómo se resuelve un conflicto o se escucha una pregunta inesperada.

En esta dimensión, se destaca el papel del educador como mediador, observador e investigador. Al asumir una postura abierta al aprendizaje permanente, se fortalece la capacidad de crear estrategias ajustadas a las realidades de cada grupo. Así, se reconoce que innovar no siempre requiere recursos externos, sino una actitud interna comprometida con la mejora y la transformación.

También se invita a comprender que los niños y las niñas no son solo receptores, sino también generadores de conocimiento. Sus preguntas, juegos, emociones y silencios aportan claves valiosas para reinventar la práctica pedagógica.

El conocimiento es un eje esencial de la innovación. No se puede hablar de transformación educativa si no hay una reflexión crítica sobre lo que se enseña y para qué se enseña. Esto implica reconocer el valor de los saberes tradicionales, pero también la necesidad de revisarlos, actualizarlos y conectarlos con la vida cotidiana de los estudiantes.

Desde esta perspectiva, el conocimiento no se transmite de manera vertical, sino que se construye de forma colaborativa. En la educación infantil, esto significa diseñar experiencias en las que los niños exploren, experimenten, descubran y creen sentido a partir de su interacción con el mundo.

Además, se reconoce que el conocimiento debe ser interdisciplinar, ético y situado. Es decir, debe dialogar con diferentes áreas, promover el pensamiento crítico y responder a las necesidades reales del contexto.

Uno de los errores más frecuentes al hablar de innovación educativa es reducirla al uso de tecnología. Aunque las herramientas digitales pueden enriquecer los procesos de enseñanza y aprendizaje, su valor depende del sentido pedagógico que se les dé.



La tecnología, cuando se utiliza con propósito, puede facilitar el acceso al conocimiento, fomentar la creatividad y personalizar la enseñanza. En la modalidad virtual, además, se convierte en un puente que conecta a docentes y estudiantes, permitiendo la continuidad del aprendizaje sin importar la distancia física.

Sin embargo, innovar tecnológicamente no significa sobrecarga de estímulos visuales o plataformas. Es fundamental elegir herramientas que aporten al desarrollo integral, que promuevan la exploración y el juego, y que respeten los ritmos de la infancia. Por ejemplo, una simple videollamada en la que se lee un cuento o se canta una canción puede ser más significativa que una aplicación compleja sin interacción humana.

La innovación también se expresa en la manera en que se organiza la enseñanza. Las metodologías activas y flexibles permiten transformar el aula en un espacio de creación, participación y aprendizaje real. Se alejan de la enseñanza memorística para abrir paso a experiencias donde el estudiante se involucra, decide, se equivoca, reflexiona y vuelve a intentar.

En educación infantil, esto se concreta a través de propuestas como el juego libre, los rincones de exploración, el aprendizaje basado en proyectos, la narración de historias, la pedagogía del arte, entre otras. Estas estrategias no solo estimulan el desarrollo cognitivo, sino también el emocional, social, corporal y comunicativo.

Además, metodologías innovadoras valoran la diversidad como una riqueza, no como un obstáculo. Se ajustan a los intereses, habilidades, contextos culturales y formas de aprender de cada niño o niña, garantizando su participación activa.

Reflexionemos

¿Qué papel se desea asumir como futuro/a educador/a infantil frente a la innovación?
¿Se está dispuesto a cuestionar lo aprendido, a explorar nuevas rutas y a confiar en la capacidad de los niños para construir saberes?

Innovar no exige grandes recursos, sino una mirada sensible, crítica y creativa. Implica comprometerse con una educación que forme personas autónomas, solidarias y conscientes de su entorno. Una educación que se transforma a través de pequeñas decisiones y grandes convicciones.

Al cerrar este recorrido, se invita a recordar que los cambios educativos no nacen de estructuras lejanas, sino de la práctica cotidiana. Allí donde se escucha, se juega, se pregunta y se confía, hay innovación.